

Crisis del capital y alternativas populares en América Latina

Mariano Féliz¹

El capitalismo atraviesa hoy en día una crisis a escala internacional. Esa crisis se monta sobre el proceso de reestructuración global iniciado en los años setenta y conocido como neoliberalismo. Es, a nuestro entender, la primera gran crisis de la etapa posneoliberal. En esta coyuntura, los sectores dominantes buscan impulsar los ajustes necesarios para garantizar la reproducción ampliada del ciclo del capital. Estos ajustes, promovidos a través de la fuerza de los mercados y del Estado, buscan cargar sobre trabajadores y trabajadoras los costos de la desvalorización necesaria del capital en todas sus formas. El medio ideológico para tal avanzada es la mutación del neoliberalismo en una nueva modalidad de keynesianismo aggiornado: una nueva economía política del capital.

Frente a ello, en América al sur de los Estados Unidos, desde los sectores populares se avanza poco a poco a través de una amplia serie de experiencias organizativas que dejan vislumbrar una forma de economía política del pueblo trabajador. Esa economía política confronta en el discurso y la acción con el intento de la economía política de los sectores dominantes. En este trabajo analizaremos el fundamento de la crisis capitalista en la actualidad y su impacto en América Latina. Luego abordaremos las alternativas que sectores del capital proponen para superar la crisis. Frente a esas opciones, analizaremos los rasgos fundamentales de la economía política de los trabajadores y trabajadoras de América del sur.

De la forma al fundamento de la crisis mundial

El capitalismo es un modo de producción que se basa en la valorización del capital a través de la explotación incesante del trabajo humano y la naturaleza. Hoy es un proceso mundial que abarca miles de ciclos de valorización que se superponen, entrelazan y articulan en y a través de los Estados nacionales².

La visión ortodoxa (la neoclásica, pero también la keynesiana) entiende la crisis como producto de un factor inesperado (un shock) o una falla, corregible, en el sistema (una “falla de mercado”). Por el contrario, nosotros entendemos que la crisis actual parte del éxito que mostró la valorización del capital en el marco del proceso de reestructuración que se inició a mediados de los años setenta. Es producto del éxito

¹ Investigador del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Centro de Investigaciones Geográficas. Profesor de la UNLP. Miembro del Centro de Estudios para el Cambio Social. Militante del Frente Popular Darío Santillán. Agradezco los comentarios y correcciones de Melina Deledicque.

² Los límites nacionales existen y si bien el Estado nacional es un momento de la sociedad global -y, por tanto, forma solidificada de la relación capital a escala global- la fractura del mundo en sociedades nacionales significa que ellas son momentos distintos, no idénticos, de esa relación (Holloway, 1992). Como señalan Mathias y Salama (1983) en el Estado se cristaliza la necesidad de reproducir el capital a escala internacional.

del capital en alcanzar sus propios objetivos y por lo tanto la crisis es resultado necesario, no contingente, de la propia lógica de la sociedad bajo el dominio del capital.

La reestructuración económica durante el neoliberalismo condujo no sólo a la flexibilización del trabajo (como forma de capital) sino, entre otras cosas, a una creciente flexibilidad del capital fijo. En efecto, como señalan Marini (1997) y Ceceña (1996), a partir de los años setenta el fortalecimiento de la tendencia del capital a internacionalizarse impulsó un doble movimiento. Por un lado, la mayor movilidad del capital fijo, crecientemente capaz de mudarse a bajo costo de un lado del globo a otro, junto a la flexibilidad productiva permitida por el desarrollo de la tecnología informática han convergido en una aceleración de la circulación del capital y en definitiva han creado una masa disponible de capital bajo su forma dineraria que alimentó el circuito especulativo. Por otra parte, la internacionalización generalizada del ciclo del capital condujo a la internacionalización de su parte variable, es decir, de la fuerza de trabajo. Por primera vez en la historia del capitalismo la fuerza de trabajo (y el ejército de reserva) tiene efectivamente una dimensión global. La abstracción real del trabajo, el imperio de la ley del valor a escala mundial, alcanzó realidad sustancial a fines de los años ochenta.

El neoliberalismo se dio a sí mismo la tarea de profundizar las tendencias a la mundialización del capital y la contención de los conflictos obreros. En pocos años, la flexibilidad laboral, la crisis de la deuda, las privatizaciones masivas y la desregulación financiera crearon el clima que permitió al capital social retomar a escala mundial la acumulación sostenida. Desde los ataques a los mineros en Gran Bretaña con Margaret Thatcher (1984-1985) y a los controladores de vuelo en los Estados Unidos con Ronald Reagan (1981), hasta la avanzada sobre los trabajadores telefónicos en Argentina con Menem (1990), el neoliberalismo encarnó en esos años un virulento ataque a las condiciones de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. Por tal motivo, implicó una reformulación general de las condiciones de producción y reproducción de las sociedades.

Veinte años de expansión casi sin interrupciones de las economías centrales, y en particular de la economía aún hegemónica, la economía norteamericana³, conformaron un volumen de contradicciones que no pudo ser contenido indefinidamente. Esas contradicciones no fueron más que derivaciones necesarias de la dinámica de las fuerzas que impulsan la producción y reproducción de la sociedad mundial bajo el dominio del modo capitalista de producción y las relaciones sociales que este constituye y que a su vez lo constituyen.

La primera gran contradicción está ligada directamente a la forma del proceso de expansión de la producción de mercancías. En efecto, la etapa neoliberal iniciada a fines de los años setenta se presentó como una avanzada de los sectores dominantes para reestructurar las relaciones de producción, destruyendo (o limitando seriamente) la capacidad de resistencia de los trabajadores para limitar las modalidades de

³ Según el Bureau of Labor Statistics, desde 1983 y hasta 2008 la economía de Estados Unidos creció en todos los años excepto en 1991. El crecimiento promedio del producto bruto interno (PBI) real fue de 3,2% anual.

producción y forzar una más justa relación de apropiación del valor producido. De tal manera, lo que se aprecia en las tres décadas que han pasado es un aumento en la capacidad del capital de producir riqueza material (bajo la forma mercantil) junto a una creciente incapacidad de los sectores trabajadores de apropiarse de esa riqueza para su consumo. En particular, en los Estados Unidos mientras que la productividad laboral aumentó sostenidamente (203% entre 1980 y 2007, según el Bureau of Labor Statistics), los salarios reales prácticamente se estancaron (subiendo sólo 38%, según el Bureau of Labor Statistics). Tendencialmente este proceso conduce a una situación de pérdida relativa de capacidad de realización de la creciente producción y, por lo tanto, del valor y plusvalor que representa.

En segundo lugar, el fuerte aumento de la productividad laboral se traduce simultáneamente en una reducción sostenida en el valor unitario del conjunto de las mercancías producidas. Este aumento no se convierte inmediatamente en una caída de precios. La desvalorización del conjunto del capital bajo sus diferentes formas (mercantil, productivo, fuerza de trabajo, financiero) puede desplazarse en el tiempo y el espacio, pero no eliminarse indefinidamente. La desvalorización significa un violento y generalizado cambio en las relaciones de valor (entre capital constante y variable, circulante y fijo, variable y plusvalor, etcétera). De allí que su resolución no sea una cuestión natural o un mero “ajuste” sino una generalizada lucha entre clases y al interior de la clase burguesa.

Esas contradicciones suponen, como señalamos, la destrucción del capital. Sin embargo, pueden ser aplazadas en el tiempo y desplazadas en el espacio como forma de evitar asumirlas durante cierto tiempo. En las casi tres décadas de desarrollo y avance del proyecto neoliberal el desplazamiento fue facilitado por: a) la internacionalización del capital y la consecuente expansión del comercio mundial, b) la penetración capitalista en los espacios territoriales del socialismo real, c) el avance privatizador en los distintos países y bajo las formas más variadas, y d) la expansión de las formas financieras del capital. En particular, estas últimas han estado en la mira como las causas de la crisis. Leijonhufvud (2009) pone el acento en las dinámicas de inestabilidad financiera “a la Minsky” asociadas con el régimen de regulación del sistema financiero internacional⁴. Por el contrario, nos parece que es el desplazamiento de las contradicciones creadas en el ámbito productivo lo que en la crisis actual crea las condiciones para las formas financieras de manifestación. En realidad, la valorización financiera operó activamente como medio para la continuidad de la expansión del valor cuando su capitalización en el ámbito de la producción se hacía cada vez más difícil. De manera secuencial actuaron, para luego derrumbarse, la especulación en las empresas a finales de los años noventa, la especulación inmobiliaria y finalmente el boom de la especulación en commodities (burbuja que estalló a mediados de 2008).

La crisis es el proceso a través del cual la reestructuración general del capital se manifiesta abiertamente. Es a la vez expresión de la necesidad de reajuste del capital y

⁴ Hyman Minsky explicaba que la inestabilidad financiera es inherente al “ciclo de negocios” en la economía capitalista pues en el auge los inversionistas se sobre-endeudan producto de una excesiva confianza y luego -cuando el ciclo se revierte- el peso de esas deudas se transforma en un mecanismo que refuerza la contracción económica.

mecanismo que permite ese proceso. En ella, y a través de ella, los sectores dominantes intentarán imponer a los trabajadores el costo de esa reestructuración necesaria, que es objetiva en el marco de las relaciones de producción capitalistas. Avanzarán en ese sentido primero de forma descentralizada: reduciendo empleos, intentando bajar salarios, incorporando cambios organizacionales que aumenten la productividad, etcétera. De esa manera, al decir de Marx, los capitalistas en competencia llevan adelante las “leyes” del capital aun sin ser plenamente conscientes de ello. En la crisis, sin embargo, los capitalistas reconocen más claramente sus intereses como clase y actuando en consecuencia exigen de manera colectiva la acción pública a su favor⁵. En esos momentos, los empresarios de todas las ramas y sectores, sin distinción, hacen frente común contra el trabajo. En ese momento demandarán fondos públicos para financiar el ajuste que, como porciones del ciclo del capital social, no pueden evitar y exigirán la intervención directa del Estado para buscar descargar los costos de su crisis sobre el conjunto del pueblo trabajador⁶.

Más allá de la crisis económica: la crisis ecológica y civilizatoria

La presente crisis potencia los costos sociales de la dominación del capital (incluidos la destrucción del medio ambiente y el saqueo de las riquezas naturales). El mismo avanza con fuerza en lo que puede denominarse la etapa del imperialismo con acumulación por desposesión (Harvey, 2004, 2005), como nueva forma de la acumulación “primitiva u originaria” de capital⁷.

Hoy, para consolidar su hegemonía mundial, la clase dominante a través de las grandes corporaciones multinacionales pretende colonizar, privatizar y mercantilizar aquello que aún es común: el agua, la tierra, los bosques, el aire, los genes, la biodiversidad y el conocimiento (Vega Cantor, 2006). La lógica “minera” (Chesnais, 2007), es decir el saqueo de las riquezas naturales, ha avanzado y predomina conflictivamente. Las guerras del gas y del agua en Bolivia, la lucha de los sin tierra en Brasil, los zapatistas en México, los campesinos del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI-Vía Campesina) en Argentina, entre otras luchas en todo el planeta, involucran el intento de frenar la apropiación privada del mundo.

Estamos frente a una crisis ambiental y civilizatoria, además de económica (Chesnais, 2008). Esta crisis pone en cuestión el conjunto del capitalismo como única forma de desarrollo, además del propio concepto de desarrollo y los parámetros para me-

⁵ Las cámaras empresariales y los medios masivos de comunicación son la forma más típica de las organizaciones colectivas del capital.

⁶ Usamos el concepto de pueblo trabajador como una caracterización más precisa de la realidad de la clase trabajadora. Siguiendo la propuesta de Cieza (2006), quien plantea que “la idea de sujeto social múltiple como potencial desencadenante de transformaciones sociales se corresponde con una sociedad fragmentada donde los trabajadores representan un conjunto heterogéneo y cambiante que sólo muy parcialmente puede identificarse con personas que tienen un trabajo formal y son explotadas por un empresario capitalista” (Cieza, 2006: 123). Esta manera de conceptualizar a la fuerza de trabajo es similar a la propuesta de Antunes (1999) quien refiere a la “clase-que-vive-del-trabajo”.

⁷ La forma de saqueo o acumulación por desposesión supone no sólo la apropiación privada de las riquezas naturales sino esencialmente la privatización de aquellas riquezas sociales de uso o gestión común (bienes comunes).

dirlo. Entran en debate las relaciones capitalistas de producción y reproducción social, es decir el papel del dinero y el capital como mediación de las relaciones entre las personas (Lebowitz, 2005). El capital propone como idea del desarrollo meramente el crecimiento, es decir la expansión sin fin del valor, de su propia esencia (De Angelis, 2007). El concepto capitalista de desarrollo implica la imposición de valores que conducen a la oposición, al enfrentamiento y la competencia, como forma de articular las relaciones interpersonales. La crisis por su parte pone en debate los valores capitalistas (la ganancia por la ganancia, la producción por la producción, la mercancía como la forma privilegiada y tendencialmente única en el modo de producción capitalista, que deben asumir las relaciones humanas).

La crisis civilizatoria coloca en primer plano la crítica práctica de las formas de hacer capitalistas. Los valores predominantes de la sociedad contemporánea, los valores del capital, no hacen sino destruir (cada vez de forma más transparente) las condiciones y posibilidades de reproducción social. Frente a ello la dignidad humana brota como nueva forma de actuar y hacer. Como un sin número de “otros valores” (De Angelis, 2007) enfrentando al capital e intentando de hecho su superación como forma de mediación social, a través de su potencial articulación común.

Insistimos: esta no es una crisis más del capitalismo. Estamos atravesando una crisis económica pero también una crisis ecológica y civilizatoria a nivel global. Al derrumbe económico se suma la multiplicación de ejemplos de la destrucción del medioambiente al que conduce el capital en su búsqueda incesante de auto-valorización: destrucción de los bosques, privatización de la biodiversidad, expansión de la producción de agrocombustibles en detrimento de la producción de alimentos, el saqueo de la riqueza del subsuelo por medios cada vez más agresivos (minería a cielo abierto). Todo esto combinado con las guerras y avanzadas militares motivadas por estas batallas por la re-apropiación imperial del mundo, nos enfrentan cada vez más a una crisis del proceso civilizatorio dominado por el “metabolismo social del capital” (Mészáros, 2008). El mundo (a través de la práctica y debates de las organizaciones populares) se plantea cada vez con más claridad preguntas sobre la sostenibilidad de esta dinámica expansiva, de explotación y destrucción del mundo natural-humano con el solo objetivo de sostener los patrones de consumo en el centro y su reproducción en la periferia, como único medio para seguir legitimando la dominación del capital (es decir, el dominio de las cosas sobre los seres humanos y la tierra).

En su dimensión económica, una crisis nacida en el centro del capitalismo mundial, rápidamente se expandió a los sub-imperialismos periféricos (China, Brasil, Rusia⁸) y poco a poco, sin prisa pero sin pausa, alcanzó al conjunto de la periferia. Es en ese marco complejo y preocupante, y luego de seis años de crecimiento sostenido, que América Latina enfrenta en 2009 la primera crisis de la era pos-neoliberal (el PBI cayó un 2,5% en la región, según CEPAL). El golpe no es menor debido a la estructura fragmentaria, periférica y dependiente de las economías de nuestro subcontinente.

8 Ruy Mauro Marini acuñó este concepto para caracterizar a Brasil en los años setenta. Sus dos elementos característicos eran por un lado, una composición orgánica media en la escala mundial de los aparatos productivos nacionales y, por otro lado, el ejercicio de una política expansionista relativamente autónoma, que no sólo se acompaña de una mayor integración al sistema productivo imperialista sino que se mantiene en el marco de la hegemonía ejercida por el imperialismo a escala internacional.

En su mayoría estos países integran el mercado mundial en una relación fuertemente subordinada. En algunos casos, esa inserción dependiente de pocos mercados (como México o Brasil, donde el PBI cayó en 2009 un 7,3% y 0,7% respectivamente, según CEPAL) y en otros las exportaciones están altamente concentradas en ramas productivas de tipo enclave. En todos los casos la retracción económica en los países centrales los afecta fuertemente, mientras que en las economías de enclave la recesión se acentúa con la depresión de los precios internacionales de las principales mercancías de exportación (agroalimentos, combustibles, minerales).

A pesar de la etapa de bonanza generalizada y prolongada, que concluyó en 2008, la región aún muestra niveles históricamente elevados de precarización de las condiciones de vida de sus poblaciones. En efecto, el desarrollo capitalista en la región ha confirmado la extensión de la pobreza y la indigencia para más de un tercio de sus habitantes⁹ y reforzado la superexplotación de la fuerza de trabajo (precarización del empleo) como mecanismo necesario de integración al ciclo del capital a escala internacional. La crisis actual sólo profundizará y ratificará esos procesos¹⁰.

En todos los casos, la base del desarrollo ha sido el saqueo y destrucción de los bienes comunes: la propia tierra (utilizada para la producción agropecuaria transgénica e intensiva en agrotóxicos), sus riquezas minerales (cada vez más a través de la minería a cielo abierto) o combustibles, o aún el agua, la biodiversidad, los bosques y el aire. Prevalece la producción por la producción misma a los fines de satisfacer las necesidades de insumos del capital a escala global y los patrones de consumo en las potencias imperiales. Detrás de estas formas crecientemente irracionales de producción se encuentran asociadas las elites dominantes y el imperialismo en una nueva modalidad de despojo.

El plan del capital: mayor ajuste y competitividad

Ante la crisis mundial la respuesta de los capitales locales en toda la región no se ha hecho esperar. Si son “nacionales” o “extranjeros” poco importa pues la integración transnacional de las economías latinoamericanas los convierte a todos en parte del capital social global. Desde sus declaraciones y sus hechos, los sectores dominantes buscan avanzar sobre los Estados exigiendo medidas de ajuste macroeconómico que garanticen la protección de las ganancias (y la propiedad privada) y faciliten la mejora en la “competitividad”.

¿Pero qué significa recuperar la competitividad? Desarrollarse sobre la base de privilegiar la competitividad internacional implica que el país busca ganar espacios en el

⁹ Si bien -según CEPAL (2009)- la incidencia de la pobreza se ha reducido en toda América Latina desde 2002 (de 44% de la población a 33% en 2008), todavía hay más de 180 millones de pobres, un 32,4% más que en 1980. En algunos países y regiones dentro de ellos la pobreza supera largamente el 50% de la población. La indigencia alcanzaba en 2008 a más de 71 millones de habitantes en toda América Latina.

¹⁰ Como veremos más adelante, la última década ha sido testigo -en varios países de la América al sur de los Estados Unidos- de un proceso de reorientación del desarrollo en un sentido crítico a estas tendencias generales

mercado mundial, ganando mercados para sus “empresas nacionales”¹¹. Por supuesto esto supone que las empresas localizadas en un particular espacio territorial ganarán a costa de desplazar a los capitales de otros espacios económicos que saldrán perdedores. Estos se verán forzados a ajustarse (reducir salarios, despedir trabajadores, aumentar la productividad) para no ser dejados de lado por “los mercados”. En otras palabras y desde semejante lógica, “nuestro” triunfo es a costa de los trabajadores y trabajadoras de otros países. Si nosotros ganamos es porque ellos pierden. Dentro de esas reglas de juego, nuestro trabajo se sostiene a costa del trabajo de otros. Así, la forma de desarrollo capitalista supone que ganar es siempre “empobrecer al vecino” (el de la otra cuadra, del otro barrio, del otro municipio, provincia, país, región)¹². Ellos aparecen -porque lo son, en esta forma perversa de desarrollo- como nuestros enemigos en esta carrera para llegar a ningún lado (aunque más correcto sería escribir: en esta carrera para valorizar el capital).

En esta modalidad de desarrollo, la incapacidad o dificultad de competir impone la necesidad del “ajuste”. Es decir, las empresas deberán reducir su personal, los trabajadores aumentar su rendimiento (o su esfuerzo, su jornada laboral o “capital humano”) y postergar para un futuro indefinido sus demandas de mejoras en las condiciones laborales, incluyendo sus magros salarios. Todo esto so pena de aparecer como ineficientes, incapaces de honrar al dios mercado (que es lo mismo que decir al dios capital).

La metáfora divina no es sólo retórica pues si algo caracteriza al mercado, como a la idea de dios, es su tendencia a la ubicuidad y, sobre todo, a una invisible omnipresencia. Como señala De Angelis (2007) la tendencia del capital es constituir al mercado como un gran panóptico, una meta-estructura que todo lo ve, sin jamás ser visto. Es un mecanismo de disciplinamiento que funciona fundamentalmente imponiendo sus valores y reglas en las prácticas y conciencias de todos, intentando replicar al infinito su necesidad de auto-expansión. De aquí que cuando se pierde el don de la competitividad, la fuga de capitales, el desabastecimiento, la falta de crédito, los despidos y suspensiones, o el *lock-out* patronal, se convierten en las respuestas del capital para recuperar espacios en el mercado mundial. Esas respuestas se imponen como “naturales” o necesarias según los sectores del capital. ¿Pero qué son todas ellas sino manifestaciones de la huelga de inversiones con las que el capital busca recomponer en términos más ventajosos para sí las relaciones sociales de producción?

Claro que, en aparente paradoja, la política del ajuste es la base de esta forma de desarrollo también en los momentos de auge y no es sólo una opción de la economía política del capital en la crisis. La búsqueda de competitividad como piedra de toque de las políticas económicas supone privilegiar siempre la ganancia empresaria y, sobre todo, los valores del capital: la competencia como medio de desarrollo, la producción

¹¹ En realidad, las beneficiadas por esa política serían todas las empresas de “capital local” incluyendo a las transnacionales que controlan la mayor parte de la producción doméstica y el comercio de exportación.

¹² Siempre y no sólo devaluando la moneda o protegiendo con aranceles a los productores locales, como tiende a suponer la lectura neoclásica. Ver, por ejemplo, el reciente artículo de Eichengreen e Irwin (2009).

por la producción misma, los costos (y beneficios) privados por sobre los intereses de la sociedad. El ajuste es parte de la psicología del capital: crecer siempre y a toda costa, exprimiendo sin parar cada átomo de trabajo disponible.

En el marco de la crisis, el capital reniega de sus viejos dogmas liberales y despliega el arsenal teórico del keynesianismo como medio para salvaguardar sus intereses generales desde el Estado¹³. En cualquier caso prima por sobre todo el fundamento de la economía política del capital: la producción para el valor de cambio y la búsqueda incansable del beneficio privado.

El fundamento conceptual de la economía política del capital fue desplegado por la economía neoclásica. La misma parte del presupuesto de la separación de los seres humanos entre sí, de la separación de éstos de sus medios de producción y reproducción social y, por lo tanto, de la necesidad (devenida objetiva) de que su interacción e intercambios sean mediados por la forma-mercancía. Desde ese punto de partida, el enfoque neoclásico busca establecer la optimización de dicha modalidad de intercambio¹⁴. Sin embargo, como señala Lebowitz (2005), tal forma de intercambio es óptima sólo desde el punto de vista del capital. En efecto, la competencia y el intercambio mercantil es la forma bajo la cual los capitales individuales llevan adelante, inconscientemente, el plan del capital como relación social: la maximización de la valorización, la expansión sin límites (Marx, 1997)¹⁵.

El Estado como contradicción y la centralidad de las luchas del pueblo

El Estado como forma objetivada de la relación social del capital, en la etapa posneoliberal da cuenta de un movimiento popular que en toda América al sur de los Estados Unidos se rearticuló a finales de los noventa y hoy continúa presentando un cuestionamiento significativo a la voluntad expansiva del capital¹⁶. Dado que el Estado expresa la dominación del capital en la sociedad, sus políticas tienden naturalmente a favorecer su reproducción como relación social dominante. Esto es particularmente cierto en las economías periféricas cuyo Estado, conformado a partir de la “economía mundial constituida” (Mathias y Salama, 1983), no actúa simplemente para reproducir la dominación de clase a nivel local (de las burguesías “nacionales”) sino que es el lugar en donde se

13 Por supuesto, la recuperación de un discurso y práctica de tinte keynesiano en los países centrales es más bien limitado. El proceso de internacionalización del capital y la inercia organizativa de los trabajadores y trabajadoras en los países centrales, hace de las nuevas formas de intervención estatal más un programa de salvataje y reestructuración del capital que un claro programa keynesiano que involucraría, en paralelo, una expansión de las políticas públicas a favor de las clases populares en esos países, algo que está claramente ausente.

14 Aunque lo han intentado por muchos años, buscando probar la metáfora smithiana de la mano invisible, es sabido que la optimización de los intercambios mercantiles sólo puede ser “demostrada” (es decir, matemáticamente demostrada) en un marco muy acotado con supuestos no representativos de la realidad (Georgescu-Roegen, 1979).

15 “La competencia ejecuta las leyes internas del capital, las impone como leyes obligatorias a cada capital, pero no las crea. Las pone en práctica” (Marx, 1997: 285).

16 Esto no implica que la resistencia al ajuste neoliberal haya “nacido” a finales de la década de los noventa. Por el contrario, los movimientos sociales más importantes de América Latina tienen sus raíces ya a comienzos de la década anterior: el MST de Brasil, el zapatismo en México y el movimiento piquetero en Argentina (cuyos integrantes fundacionales provienen de las experiencias de lucha urbana de comienzos de los ochenta; ver Stratta y Barrera, 2009).

cristalizará la necesidad de reproducir el capital a escala internacional (Mathias y Salama, 1983: 39). El Estado no se sitúa por encima de la ley del valor (es decir, de la ley del plusvalor) sino que forma parte de ella (Mathias y Salama, 1983: 47).

Esa tendencia está mediada por la contradicción permanente que impone sobre él la competencia entre capitales. En efecto, la unidad del Estado no es siempre unívoca. Distintas fracciones de las clases dominantes pueden enfrentarse circunstancialmente (burguesía agraria versus burguesía industrial, capital financiero versus capital productivo, etcétera)¹⁷. Sin embargo, estas disputas aparecen como de segundo orden cada vez que los sectores del pueblo trabajador consiguen articular una oposición más o menos consistente frente a la dinámica impuesta por las relaciones sociales dominantes.

La nueva forma de intervención en la etapa posneoliberal da cuenta de esa faceta de dominación contradictoria. Sin embargo, la voluntad del capital no es única ya que es enfrentada por la auto-actividad del pueblo trabajador. Por un lado, buscando desplazar la mediación del capital en un intento de superarla como articulador de las relaciones sociales (Lebowitz, 2005). Por otra parte, en contra del Estado, pero en él y a través de él, los sectores populares disputan el sentido y contenido de las políticas públicas. Estas experiencias interpelan directamente al Estado a través de la acción directa y la exigencia de programas y políticas que fortalezcan la organización popular más allá del capital¹⁸. La particularidad de la acción de estos movimientos es que a fines de los años noventa nacieron, o se consolidaron, como nueva expresión de la resistencia social al ajuste neoliberal y la crisis del neoliberalismo. En la actualidad su capacidad crítica e independencia de clase reconocida por el Estado y las clases dominantes ha forzado la creación de iniciativas que responden a las demandas populares, si bien parcialmente y en diversos grados según los países. En el enfrentamiento con el Estado y a través de diversos grados de normalización conflictiva (Dinerstein, Deledicque y Contartese, 2008) estos movimientos y organizaciones logran “arrancar” al aparato de gobierno concesiones materiales, a la vez que intentan evitar con distintos grados de éxito la cooptación e integración¹⁹. En tal sentido, este accionar disruptivo y de disputa muestra al Estado capitalista como objeto de la lucha de clases (Clarke, 1992).

Como abstracción real y forma del capital, el Estado adquiere un carácter fetichizado como si estuviera por fuera o por encima de la sociedad. Esa apariencia tien-

¹⁷ En Féliz y Chena (2008) mostramos como se desarrolla la contradicción entre el capital agrario y el capital industrial en el capitalismo argentino y en Féliz (2009b) analizamos de manera sucinta el lugar de la contradicción entre el capital productivo y el capital financiero.

¹⁸ Por ejemplo, las demandas de los trabajadores y las trabajadoras desocupados en Argentina han tenido un doble objetivo en relación al Estado y el capital. Por un lado, obtener recursos que permitan atacar las situaciones de necesidad inmediata de los integrantes de las organizaciones de desocupados. Por otro, conseguir triunfos a partir de la acción directa que permitan consolidar la organización, consiguiendo recursos materiales que les permitan ganar en autonomía e incrementando la unidad de sus miembros. Algo semejante ha logrado el Movimiento Sin Tierra en Brasil.

¹⁹ Antunes (2009) explica como el MST en Brasil ha logrado mantener un importante grado de autonomía frente al Estado mientras ha conseguido un sinnúmero de concesiones; la contracara es la CUT (Central Única de Trabajadores) de Brasil que se ha integrado fuertemente al aparato estatal. En Argentina, por su parte, dentro del movimiento piquetero hay diversas experiencias de integración al Estado (como es el caso, por ejemplo, de la Federación de Tierra y Vivienda, FTV). En contraposición, hay también muchos ejemplos de confrontación conflictiva con autonomía organizativa frente al Estado (como, por ejemplo, en el caso de los movimientos de desocupados que integran el Frente Popular Darío Santillán, FPDS).

de a profundizarse cuando la lucha de clases se tensa, es decir cuando los sectores organizados del pueblo trabajador ganan en capacidad de disputa y resistencia. En ese momento, el Estado parece en un principio distanciarse y adquirir una cierta autonomía frente a los actores en pugna. En ese marco, en tanto régimen político, el Estado muta, por un lado, para canalizar institucionalmente y contener las demandas políticas de los sectores mayoritarios del pueblo organizado intentando garantizar la reproducción social de su legitimidad. Por otro lado, modifica su forma de intervención en el ciclo del capital buscando sostener la reproducción de la sociedad pero en una modalidad que re-politiza las relaciones sociales y reconoce la batalla de actores enfrentados. Dependiendo del movimiento en la correlación de fuerzas sociales, esa mutación contará con mayores o menores niveles de represión política.

El Estado entonces aparece no tanto como espacio en disputa, pues como señalamos el Estado expresa en el capitalismo la dominación de clase del capital, sino como punto de condensación de las exigencias populares, como blanco de las demandas sociales históricas. En la etapa neoliberal, con una correlación de fuerzas sociales que se inclinaba a favor de los sectores dominantes del gran capital, el Estado tendió a enfrenar abiertamente la movilización y organización popular. Por el contrario, a partir de la crisis de esa estrategia del capital ese Estado debió abrirse a las demandas de la población organizada y sin negar su carácter clasista crear espacios formales y políticas para canalizar, y en lo posible desactivar, la agitación social. En ambos casos, el Estado aparece como mediación, como garante y mecanismo de institucionalización de una particular correlación de fuerzas sociales.

De ese modo, el marco histórico de las condiciones de reproducción del capital en un espacio territorial y espacio de valor particular constituye el contexto en el cual las exigencias populares se conforman, articulan y la medida en que serán satisfechas. En cada coyuntura, las políticas públicas, en particular, las llamadas “sociales y de empleo”, dan cuenta de la capacidad de organización y unificación de los distintos sectores del pueblo trabajador para imponer a través de sus prácticas sus valores al capital, expropiándolo de una porción del plusvalor y ganando en autonomía en la gestión de esos recursos.

En nuestra región las respuestas estatales frente a la avanzada del capital en la crisis han dependido mucho del contexto político y la historia reciente, así como de las características particulares de la inserción de las economías en el ciclo del capital global. En países como Bolivia, Venezuela o Ecuador los movimientos sociales han logrado imponer gobiernos de tendencia popular a los Estados. Ellos han dado respuestas ambiguas frente a las exigencias de reproducción de la sociedad bajo la forma capitalista pero en cualquier caso han defendido, en un marco disputado con las burguesías locales transnacionalizadas, los avances sociales de los últimos años. A pesar de que la crisis golpea con fuerza el ciclo del capital en esas economías²⁰, estos gobiernos intentan contener el impacto sobre el pueblo trabajador a partir de redistribuciones del plusvalor. En otras partes, como Brasil y Argentina, los gobiernos están cada

²⁰ Según el FMI, en Ecuador y Venezuela el PBI caerá un 1% y 2% en 2009, respectivamente, (comparado con un crecimiento del 6,5% y 4,8% en 2008) mientras que en Bolivia crecerá sólo un 2,8% (en comparación con el 6,1% en 2008).

vez más desligados de los movimientos populares y de las luchas que impulsaron su ascenso (en el primer caso) o alimentaron el contexto sociopolítico que permitió su triunfo (en el segundo). De ahí que continúan moviéndose tendencialmente a favor de las demandas del capital. En Brasil, Lula avanza con la privatización de los bosques amazónicos y sigue en la línea de convertir al capital de ese país en potencia subimperialista. Por su parte, Kirchner en Argentina negocia los términos de un regreso a la tutela del Fondo Monetario Internacional y continúa con una política de contención salarial, superávit fiscal, pago a los acreedores externos y subsidios al gran capital (Félicz, 2008). Precisamente porque el Estado expresa una relación social disputada, un proceso y no una forma congelada, lo dicho no niega que estos gobiernos no vean la necesidad política de dar respuestas parciales a las demandas populares (a través de medidas como el plan Bolsa Familia en Brasil o el reciente programa de Asignación Universal por Hijo para Protección Social en Argentina)²¹. Estos programas se montan sobre los reclamos históricos de los movimientos populares y los reconfiguran dentro de los límites que establece la reproducción del capital en el marco actual y de la necesidad de sostener su legitimidad, funciones elementales del Estado capitalista (O'Connor, 1973).

Más allá del capital y su Estado: la economía política de los trabajadores

En esa disputa, por debajo y más allá de gobiernos y Estados, los sectores populares en toda América Latina desarrollan una práctica, un debate y un discurso que busca subvertir el orden dominante y cuestiona las políticas públicas para enfrentar la crisis. Sobre bases completamente diferentes a la economía política del capital, surge una nueva economía política de los trabajadores y las trabajadoras.

Este saber popular confronta radicalmente con los presupuestos de la sociedad capitalista:

- 1) presenta la cooperación (de los trabajadores, de los pueblos) como alternativa a la competencia (entre trabajadores, entre pueblos),
- 2) plantea la solidaridad frente al egoísmo como valor básico de las relaciones entre las personas y las naciones del mundo,
- 3) considera la socialización y gestión colectiva de la riqueza social como la forma más adecuada de solución a las injusticias sociales frente a la privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas (es decir, frente al mercado y la “mano invisible”) que proponen los sectores dominantes,
- 4) contrapone la democracia obrera y popular a la autocracia del capital en la organización de la producción y la distribución de la riqueza social,
- 5) demuestra que la creación de nuevos espacios comunes no mercantilizados es necesaria para avanzar en un verdadero desarrollo frente a la propuesta capitalis-

21 Ambos programas involucran una redistribución marginal del plusvalor hacia una porción de los sectores más pauperizados del pueblo trabajador en cada país. Si bien los dos implican ciertos cambios de importancia en las políticas sociales, no dan una respuesta integral ni suficiente a las demandas populares de alcanzar niveles dignos de vida.

ta de privatizar y mercantilizar todo lo existente.

Esta nueva economía política del pueblo trabajador del continente se presenta en los hechos como una crítica radical de la fuerza dominante (el capital) y sus valores, sobre la base de cuatro elementos básicos.

Primero, a la competencia que todo lo destruye, la economía política del trabajo opone la cooperación (Lebowitz, 2005). La competencia capitalista conduce a la degradación de las condiciones de trabajo, a una creciente intensificación laboral y a la destrucción del medio ambiente. Todo ello ocurre por la presión que impone a los capitales competir como única forma de subsistir, tendencia que es la fuente originaria de la precarización laboral (Félicz y Chena, 2005). Desde la voluntad de organizarse colectivamente en sindicatos y comisiones internas, al armado de agrupaciones de base, asambleas barriales y movimientos territoriales (urbanos y campesinos), la historia del pueblo trabajador muestra que la solidaridad y cooperación es la mejor estrategia para mejorar y defender sus condiciones de vida. A la negociación descentralizada o individual que proponen las empresas, trabajadoras y trabajadores históricamente han planteado la asociación. De esa forma buscan superar la mediación del capital (a través de los mercados) exigiendo y logrando a través del Estado legislaciones que garanticen mejores y estables condiciones de empleo ²².

En segundo lugar, la organización jerárquica de la producción capitalista es cuestionada por las diversas modalidades de autogestión obrera y popular. En ese cuestionamiento, al interior de los procesos de producción los trabajadores buscan desplazar la separación que el capital impone entre ellos y los medios de producción. Esa economía política del trabajo muestra que el capital es ineficiente, pues privilegia la ganancia y no la reducción de costos. El capital es completamente innecesario pues los propios trabajadores y trabajadoras tienen la capacidad de gestionar las empresas con menores niveles (y costos) de supervisión que en la empresa capitalista (entre otros, ver Bowles, 1985; Levine, 1989; Epstein, 1984; y más detalles en Félicz, 2006). Estas experiencias dan cuenta de la improductividad de los patrones y los jefes (cuyo rol principal es la gestión de la explotación y la defensa de la ganancia) y dan muestras de la potencial eficacia de la auto-organización de trabajadores y trabajadoras ²³.

Tercero, frente a la producción por la producción misma que privilegia sólo la ganancia privada, la economía política del trabajo reivindica la necesidad de producir para la satisfacción de necesidades y privilegia la protección del medio ambiente. Como señalamos, la mayor parte de los gobiernos de América al sur de los Estados Unidos basan su proceso de desarrollo (capitalista) en la apropiación indiscriminada y destructiva de las riquezas de la tierra y el subsuelo. Desde la producción agropecua-

²² Esto no quiere decir que la unidad formal, forzada, del movimiento obrero sea de por sí mejor que la "democracia sindical". La historia del pueblo trabajador es rica en diversidad de experiencias organizativas y si algo indica la misma es que es la unidad en la lucha -y no la unidad obligada por una ley impuesta desde el Estado- lo que expresa su fortaleza.

²³ La improductividad de los jefes se vincula esencialmente a su rol como instrumentos de control por parte del capital sobre la actividad de los trabajadores. Ese rol no se vincula con una función estrictamente productiva sino esencialmente distributiva, pues en esa tarea garantizan un mayor esfuerzo laboral y una mayor rentabilidad para el capital sin alterar las condiciones generales de productividad de la fuerza de trabajo (Félicz, 2006). Las funciones de coordinación de los jefes claramente pueden existir en empresas autogestionadas por los trabajadores pero esa función es estrictamente productiva y no eminentemente explotadora como en el caso de la empresa capitalista.

ria sobre bases agroquímicas, sin límites a la explotación minera a cielo abierto, todas son formas de producción-apropiación y destrucción de los bienes comunes al sólo efecto de la valorización del capital²⁴. Como manifestaciones de la economía política del trabajo, las experiencias de múltiples asambleas y movimientos ambientalistas y los movimientos campesinos de todo el continente (como aquellos enrolados en la Vía Campesina) son hoy ejemplo de la posibilidad de pensar y crear un mundo que respete la naturaleza, tomando al ser humano como parte de la misma, y construir una modalidad de desarrollo que haga uso de las riquezas naturales, sin saquearlas y destruirlas. Estas experiencias plantean la necesidad de establecer otra relación entre los seres humanos y el espacio natural, que supere el vínculo utilitario y la “instrumentalización de la naturaleza” (Roux, 2008).

Por fin, en la economía política del trabajo la expansión sin límites de los mercados capitalistas y la propiedad privada es reemplazada por la voluntad de ampliar el espacio común y la distribución de bienes y servicios sin la mediación del dinero y los precios. El paradigma de la economía política del capital es bien conocido: el sistema de libertad de precios, en un marco competitivo. De allí que históricamente la política de privatización de todo el espacio de lo común ha sido la base de la expansión de los valores del capital. Intentar el cerramiento (y traspaso a manos privadas) de aquello que es público o de uso comunitario es hoy en día uno de los fundamentos del nuevo imperialismo aún cuando no sea una novedad en la historia del capital (De Angelis, 2004; Gilly y Roux, 2009). El capital busca ubicarse así como mediación necesaria de la producción y reproducción de la vida en todas sus dimensiones. Frente a eso la economía política del trabajo propone la ampliación de los espacios públicos, la producción común y en común de las necesidades vitales, y la ampliación del derecho a los servicios públicos frente a su mercantilización. En ese camino encontramos, entre otras experiencias, la lucha por el software libre y la producción pública de medicamentos, la recuperación y creación de espacios comunitarios y centros culturales autogestionados, la creación de bachilleratos populares y la lucha por la educación y salud pública, gratuitas y al alcance de todos. Estos emprendimientos discuten, a través de la práctica misma, la posibilidad de organizar formas de producción y utilización de valores de uso, el espacio, las riquezas y los saberes que niegan y superan la mediación mercantil y sobre todo los valores del capital. Tienen como fundamento la posibilidad de encontrar (o recuperar) otras formas de asociación entre las personas, basadas en la cooperación y la solidaridad. Contrariando las tesis de “la tragedia de los comunes”, esta otra economía política muestra que pueden establecerse reglas de producción, gestión y uso de la comunidad que van más allá de los mercados y el capital²⁵.

En síntesis, la economía política de los trabajadores enfrenta a los valores del ca-

24 Varios de los mencionados gobiernos de tendencia popular de América Latina (en particular los de Bolivia y Venezuela) han tomado medidas concretas para aumentar el control público de las actividades de extracción de las riquezas naturales, en particular en lo que hace a una mayor apropiación estatal de los flujos de ingresos. Sin embargo, por sí solo ello no resulta en un cambio en la modalidad de gestión de esas riquezas.

25 La parábola de la “tragedia de los comunes” tiene su origen en el artículo de Hardin (1968) quien cuestiona la posibilidad de la gestión pública, no mercantilizada, de la riqueza social. Sostiene que sin la propiedad privada los recursos comunes son depredados o agotados. De allí la “tragedia de los comunes” se extiende -en esa literatura- a todo aquello que es común o público que, en dicha lectura, debería ser privatizado.

pital con los sueños, deseos y necesidades vitales del pueblo. Podríamos decir que es una economía política que promueve una “política de las necesidades vitales” (Cabezas, 2007, citado por Deledicque y Contartese, 2009). Esta forma de la economía privilegia así la solidaridad por sobre el egoísmo, la unidad de los pueblos por sobre la concentración y centralización regional del capital (la integración capitalista)²⁶, el tiempo vital por sobre el tiempo de trabajo abstracto, el movimiento de personas, culturas y experiencias frente al intercambio de dinero y mercancías.

Esos valores, esa economía política, es la que puede orientar otro modelo de desarrollo pos-capitalista que puede ser construido (pre-figurado) a partir de hoy mismo²⁷. Un proyecto de desarrollo que fomente los emprendimientos asociativos con financiamiento y tecnologías adecuadas a modalidades cooperativas y comunitarias de gestión. Un programa que involucre la creación de espacios de intercambio no mercantilizados, que aseguren el derecho a los medios de vida, a la salud y la educación, a la información, al esparcimiento y al tiempo libre sin las restricciones de la propiedad privada. Un plan que suponga la socialización de los medios de producción estratégicos bajo el control del pueblo a través de formas de gestión democráticas y participativas.

A estas políticas debería orientarse un lineamiento estratégico con base en los sectores populares organizados, apuntando a fortalecerlos como punto de partida y condición de posibilidad de una nueva forma de organización y reproducción social, fundada sobre la base de las necesidades populares antes que las necesidades del capital²⁸.

Los ejemplos se multiplican en todo el continente. En Brasil, el Movimiento Sin Tierra cuestiona todos los días la privatización y desmonte de los bosques de la Amazonia al tiempo que lucha por la reapropiación popular de la producción de alimentos. El movimiento de fábricas recuperadas en Argentina y los movimientos territoriales autónomos dan prueba todos los días de la improductividad de los patrones y la capacidad autogestiva de trabajadores y trabajadoras. Los movimientos populares en Bolivia sostienen cotidianamente la lucha por la propiedad colectiva de las riquezas del subsuelo y el derecho a su gestión comunitaria. En Uruguay el movimiento cooperativo da muestras diarias de la capacidad de la auto-organización popular en la práctica. En Venezuela avanzan las experiencias de socialización y control popular de

26 La integración de los pueblos y los movimientos sociales, desde abajo y por abajo -como contra cara de la integración capitalista- da cuenta de otra de las formas de la economía política del trabajo. Ejemplo de esto es la experiencia del ALBA de los Movimientos Sociales como espacio de integración continental impulsado por el MST de Brasil, el Frente Nacional Campesino Ezequiel Zamora (FNCEZ) de Venezuela y el FPDS y el MNCI de Argentina, entre otros. Nuevamente, esta modalidad de integración se opone a la mayor parte de los proyectos integradores (como el Mercado Común del Sur, Mercosur), que promueven la integración regional del capital bajo el liderazgo del capital sub-imperial brasileño.

27 Para un debate profundo sobre la idea de praxis prefigurativa ver Mazzeo (2007).

28 En otro lado hemos señalado la posible dirección concreta de esas políticas alternativas (Félicz, 2009). En línea con esa economía política del trabajo, las mismas, deberían por ejemplo, a) facilitar la expropiación a favor de los obreros de las fábricas que cierran o han cerrado, acompañadas con líneas de subsidios para facilitar la puesta en marcha de la producción, b) promover amplios programas de infraestructura en los barrios populares gestionados y controlados por las organizaciones populares, c) promover el uso de software libre en todas las reparticiones estatales, universidades, escuelas, bibliotecas, etcétera, y d) financiar la producción masiva de medicamentos de primera necesidad en instituciones públicas para su distribución gratuita, entre otras.

las riquezas estratégicas. En todas partes crecen los esfuerzos por articular, por debajo y entre los de abajo, las prácticas y las luchas comunes. Se desarrolla en la práctica una integración continental de los pueblos más allá del capital.

Síntesis y conclusiones provisorias

El pueblo trabajador se encuentra hoy en una encrucijada. Enfrentamos la crisis más importante, extendida y generalizada del capital(ismo) en más de setenta años. El éxito y consecuente crisis de un proceso de reestructuración capitalista (el neoliberalismo) y la reciente recomposición política de la clase-que-vive-del-trabajo plantean la oportunidad de un salto cualitativo en las relaciones sociales de producción y la necesidad simultánea de dicha transformación.

Los sectores dominantes a escala global enfrentan la necesidad de reconducir el ciclo de valorización del capital a fines de garantizar el predominio de su economía política (y de sus valores) y la oportunidad de hacer uso de las nuevas condiciones estructurales (objetivas-subjetivas) construidas en la etapa de reestructuración neoliberal. El campo del pueblo afronta, por su parte, la necesidad de un salto histórico que le permita superar la crisis civilizatoria del capital (junto a la crisis económica y ecológica) y la oportunidad de hacerlo sobre la base de la consolidación de un nuevo proceso de organización popular y una nueva economía política del pueblo trabajador, crítica del capital y de su economía política. La misma da cuenta de esas experiencias de cambio social que los movimientos en lucha en todo el continente llevan adelante. Se alimenta de ese movimiento y éste de ella, aprendiendo de las experiencias más exitosas del pueblo organizado. Esa dialéctica entre teoría y práctica va construyendo y fortaleciendo la organización popular, presentando respuestas provisorias y planteando nuevos horizontes, nuevas preguntas.

Bibliografía

- » Antunes, Ricardo (1999) *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Buenos Aires, Antídoto.
- » Antunes, Ricardo (2009) "The Challenges of Leftist Trade Unions and Socialist Movement in Brazil Today: The Eternal Restart", Historical Materialism Conference, Londres, noviembre.
- » Bonnet, Alberto (2002) "Que se vayan todos. Crisis, insurrección y caída de la convertibilidad", revista Cuadernos del Sur No. 33, Buenos Aires, Tierra del Fuego.
- » Bowles, Samuel (1985) "The production process in a competitive economy: Walrasian, Neo-Hobbesian and Marxian models", American Economic Review, vol. 75 (1), marzo.
- » Cabezas, Marta (2007) "Caracterización del ciclo rebelde 2000-2005", en Iglesias Turrión, Pablo y Espasandín López, Jesús (coords.), *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, Barcelona, Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo.
- » Ceceña, Ana Esther (1996) "Tecnología y organización capitalista al final del siglo XX", en Marini, Ruy Mauro y Millán, Mónica (coord.), *La teoría social latinoamericana. Cuestiones contemporáneas*, Tomo IV, Universidad Nacional Autónoma de México, México, El Caballito.
- » CEPAL (2009) *Panorama social de América Latina 2009*, Buenos Aires, CEPAL.
- » Chesnais, François (2007) "Las contradicciones y antagonismos del capitalismo mundializado y sus amenazas a la humanidad", Herramienta No. 34, Buenos Aires, marzo.
- » Chesnais, François (2008) "Discutir la Crisis", revista Herramienta (versión digital). <http://www.herramienta.com.ar/modules.php?op=modload&name=News&file=article&sid=624>.
- » Cieza, Guillermo H. (2006) *Borradores sobre la lucha popular y la organización*, Avellaneda, Manuel Suárez Editor.
- » Clarke, Simon (1992) "Sobreacumulación, lucha de clases y el enfoque de la regulación", in Hirsch, J. et al, *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*, Buenos Aires, Fichas temáticas de Cuadernos del Sur, Tierra del Fuego.
- » De Angelis, Massimo (2004) "Separating the doing and the deed: capital and the continuous character of enclosures", Historical Materialism No. 12, abril.
- » De Angelis, Massimo (2007) *The beginning of history. Value struggles and global capital*, Londres, Pluto Press.
- » Deledicque, Melina y Contartese, Daniel (2009) "Movimientos sociales en Bolivia. Entre la institucionalidad y la rebelión. Las juntas vecinales de El Alto y su papel en la lucha contra el neoliberalismo", Primer Congreso Nacional Sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales, 30 y 31 de Marzo, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales / Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA).
- » Dinerstein, Ana Cecilia, Deledicque, L. Melina y Contartese, Daniel (2008) "Notas de investigación sobre la innovación organizacional en entidades de trabajadores desocupados en la Argentina", Buenos Aires, Realidad Económica No. 234.
- » Eichengreen, Barry e Irwin, Douglas (2009) "The Slide to Protectionism in the Great Depression: Who Succumbed and Why?", Cambridge, NBER Working Paper, National Bureau of Economic Research, julio.
- » Epstein, Richard (1984) "In defense of the contract at will", University of Chicago Law Review, 51, otoño.
- » Félix, Mariano y Chena, Pablo (2005) "Tendencias del mercado de trabajo en la economía periférica. Algunas tesis para el caso de Argentina", en *Desequilibrios en el mercado de trabajo argentino. Los desafíos en la postconvertibilidad*, Buenos Aires, CEIL-PIETTE/CONICET, Asociación Trabajo y Sociedad.

- » Féliz, Mariano y Chena, Pablo (2008), "Ciclos y devaluaciones en Argentina. Un enfoque heterodoxo", en Toledo F. y Neffa, J.C. (comp.), Interpretaciones heterodoxas de las crisis económicas en Argentina y sus efectos sociales, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- » Féliz, Mariano (2006) "El mercado de trabajo en la economía política radical", en Teorías Económicas sobre el Mercado de Trabajo. I. Marxistas y Keynesianos, Neffa, Julio C. (dir.), Féliz, Mariano, Panigo, Damián T. y Pérez, Pablo, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, agosto.
- » Féliz, Mariano (2008) "Los límites macroeconómicos del neo-desarrollismo", Herramienta, No. 39, Buenos Aires, (<http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-39/los-limites-macroeconomicos-del-neo-desarrollismo>)
- » Féliz, Mariano (2009a) "Frente a la economía política del capital, la economía política de la clase trabajadora: Alternativas populares ante la crisis capitalista en Argentina", Herramienta Web, 2, Buenos Aires, setiembre.
- » Féliz, Mariano (2009b) "Crisis cambiaria en Argentina", Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía, vol. 40, julio-septiembre, Instituto de Investigaciones Económicas, México, UNAM.
- » Georgescu-Roegen, N. (1979) "Methods in economic science", Journal of Economic Issues, 13(2), Junio.
- » Gilly, Adolfo y Roux, Rhina (2009) "Capitales tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos", Herramienta, No. 40, Buenos Aires, marzo.
- » Hardin, Garrett (1968) "The Tragedy of Commons", Science, vol. 162.
- » Harvey, David (2004) "El 'nuevo' imperialismo. Sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión", Herramienta No. 27, Buenos Aires, octubre.
- » Harvey, David (2005) "El 'nuevo' imperialismo. Sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión (parte II)", Herramienta No. 29, Buenos Aires, junio.
- » Holloway, John (1992) "La reforma del Estado: Capital global y el Estado nación" Perfiles Latinoamericanos, I, México, FLACSO, julio.
- » Lebowitz, Michael A. (2005) "Más allá de El Capital. La economía política de la clase trabajadora en Marx", Madrid, Akal.
- » Leijonhufvud, Axel (2009) "Out of the corridor: Keynes and the crisis", Cambridge Journal of Economics, 33.
- » Levine, David L. (1989) "Just-cause employment policies when unemployment is a worker discipline device", American Economic Review, vol. 79 (4), septiembre.
- » Marini, Ruy Mauro (1977) "La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo", Cuadernos Políticos No. 12, México, Era, abril-junio.
- » Marini, Ruy Mauro (1997) "Proceso y tendencias de la globalización capitalista", en América Latina, dependencia y globalización, edición 2007, Buenos Aires, CLACSO-Prometeo.
- » Marx, Carlos (1997) Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858, volumen 2, México, Siglo XXI.
- » Mathias, Gilberto y Salama, Pierre (1983) L'Etat surdéveloppé. Des métropoles au tiers monde, París, La Découvert, Maspéro.
- » Mazzeo, Miguel (2007) El sueño de una cosa (Introducción al poder popular), Buenos Aires, El Colectivo.
- » Mézszáros, Istvan (2008) The Challenge and Burden of Historical Time: Socialism in the Twenty-First Century, Nueva York, Monthly Review Press.
- » O'Connor, James (1973) The fiscal crisis of the State, Nueva York, St. Martin's Press.
- » Roux, Rhina (2008) "Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época", Herramienta No. 38, Buenos Aires, junio.

- » Stratta, Fernando y Barrera, Marcelo (2009), El tizón encendido. Protesta social, conflicto y territorio en la Argentina de la posdictadura, Buenos Aires, El Colectivo.
- » Vega Cantor, Renán (2006) "El imperialismo ecológico. El interminable saqueo de la naturaleza y de los parias del sur del mundo", Herramienta No. 31, Buenos Aires, marzo.